

BUCARO AMERICANO

PERIODICO DE LAS FAMILIAS



CLEMENCIA SALVADORES DE PEREZ

DIRECTORA

CLORINDA MATTO DE TURNER

COLABORACION
ESCOGIDA

AÑO 1.º-NUM. 6

Búcaro Americano

Buenos Aires, Mayo 15 1896.

LAS CUÑADAS

El espíritu dominante en la mujer sin ilustración y sin educación es absorbente en la clarividencia de las relaciones psíquicas; y en tal estado se produce, naturalmente, el egoísmo en maridaje con la envidia.

De aquí nace, por supuesto, la superioridad de la mujer que en el escenario del mundo social distingue la gradación de los afectos del alma como clasifica dos flores igualmente bellas pero con aroma diferente.

Las cuñadas, hemos escrito; y retrocediendo en nuestra mirada de estudios, nos parece haber dicho las enemigas sin cuartel, ó mejor expresado, sin hogar y sin caridad.

Un poeta español, analizador humano, penetró al recinto de un panteón y escribió este epitafio sobre la losa de dos hermanas políticas:

Cuñadas y juntas?

No hay duda: son difuntas.

Si hay verdad ó no en esas dos líneas, lo dirán las que soportan aquellas dolorosas separaciones de familia por el odio de las cuñadas.

El egoísmo de que hemos hecho mención ciega tanto á la mujer, que no concibe en su hermano la multiplicidad de afecto; se encastilla en el mismo razonamiento de la suegra, y, declara odio, de antemano, á la que osare cautivar el cariño del ser que, bien clasificado, tiene en su corazón amor de hijo para la madre, amor de hermano para la hermana, amor de esposo para la compañera, como tendrá amor de padre para los vástagos de su estirpe; sin que el uno atecte al otro siendo cada cual gran-

de por el sentimiento puro por la tendencia.

Por dicha, á medida que gana terreno la ilustración de la mujer, va extinguiéndose el tipo de las *cuñadas* dejando en el hogar la figura esbelta de la hermana que acepta á la mitad del hermano como la consecuencia lógica de este entrelazamiento de afecciones en que una persona extraña viene á ingertarse en el tronco de la familia con el poder mágico del amor, ese supremo elixir de vida que tantos mundos color de rosa nos hace ver en la primavera de la vida; fuerza magnética que dá calor á nuestra sangre circulante en el organismo cargado de fósforo, fuego que aún nos muestra la dulce temperatura de la existencia cuando la nieve del tiempo comienza á dejar hilos blancos sobre nuestro rizado cabello.

¿Quién ha de dudar ya al presente que la ilustración de la mujer ha dignificado al amor?

No es la unión de la materia para la reproducción humana lo que persigue la pareja; antes que los cuerpos está la corriente espiritual de dos miradas que se cruzan; de dos almas que se comprenden; de dos corazones que se completan. Ese es el amor, y lo que sigue no es otra cosa que un complemento secundario llamado á mitigar momentáneamente la sed insaciable de dos que apoyados el uno en el otro, se lanzan por el desierto de la vida alentados con la fe inquebrantable que les inspira el amor.

Amar es vivir.

Cadáveres ambulantes son los seres que no aman.

Amor es orden y es dicha en el círculo de la familia y es gloria en la extensión de la humanidad.

Nuestras hijas y nuestras nietas ya

no verán á las cuñadas encastilladas en el arsenal de las injurias, de la chismografía á media voz y del ronco rebramar de las malas voluntades; sinó, dichosas por la acción del progreso femenino, contemplarán á las hermanas que cantan el himno de la igualdad en el templo del derecho donde ofician las sacerdotistas del hogar futuro, coronadas de la yedra simbólica que dá luz y fuerza por la fraternidad.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

CLEMENCIA SALVADORES DE PEREZ

Ocupa nuestra primera página el retrato de esta hermosa y simpática dama argentina, actual Presidenta de

la noble institución llamada ASILO NAVAL.

Nacida en el hogar paterno de los dignos esposos señora Dolores Planas y don Juan Salvadores, la señorita Clemencia, en los primeros albores de la pubertad, unió su destino al del distinguido caballero Antonio E. Pérez, Capitán de Navío de la armada argentina.

Solo cuenta 29 años de vida y ya ha coronado una obra colosal por la idea, altamente simpática por la práctica, en la cual han concurrido otras esclarecidas matronas de esta floreciente república.

Haremos un poco de historia.

En Septiembre de 1891 se reunían quince damas convocadas por los sublimes anhelos del corazón



ASILO NAVAL DE BUENOS AIRES.

noble y grande, y acordaban consagrar las horas sobrantes de sus deberes del hogar á un asilo donde se recogiesen los hijos huérfanos de los

marinos argentinos. Todas estas señoras eran esposas de jefes de la marina nacional, y una vez acordadas las bases generales, la Junta directi-

ya quedó organizada con el siguiente personal:

Presidenta, Angélica G. de García; vice id. 1^a, Ana Pellegrini de Galeano; id. id. 2^a, Silvana E. de Bachman; Tesorera, Clemencia S. de Pérez; Pro id., Clementina del Viso de Carmona; Secretaria, Sofía M. de Dousset; Pro id., Ernestina P. de Dufour; Vocales: Herminia Y. de Lan, Modesta C. de O'Connor, Leonisa R. de Agurriberry; Victorina C. de Rugeroni, Sara A. de Albarra-cin, Segunda M. de Montes, Amalia C. de Martín, Isabel F. de Beccar.

Para apreciar el carácter y los alcances benéficos del Asilo Naval, es suficiente transcribir los artículos de los ESTATUTOS que van en seguida:

Artículo 1^o.—El «Asilo Naval» es una Asociación con asiento en la Capital de la Nación, colocada bajo el patrocinio y exclusiva dirección de las esposas de los señores jefes y oficiales de la Armada Nacional con los objetos siguientes:

I. Educar y asilar á los hijos varones de los individuos de maestranza, marinería y máquina, que estén en servicio activo, hubieren estado en él dos años consecutivos ó fallecieron prestando servicio en la Armada Nacional, con el objeto de crear la base para formar el personal subalterno de la Escuadra en sus diversas categorías, despertando desde la más tierna edad los instintos de la profesión.

II. Asilar á las hijas de los individuos comprendidos en la cláusula anterior y enseñarles oficios adecuados á su sexo.

III. Estarán comprendidos en las cláusulas precedentes los hijos menores de los individuos del personal subalterno que hubieren contraído enfermedades ó heridas al servicio de la Nación y que quedaren inutilizados para el trabajo ó hubieren fallecido á consecuencia de ellas después de haber dejado el servicio.

IV. Se admitirán los hijos de la marinería y personal subalterno de máquina de la marina mercante nacional que á juicio de la Comisión directiva puedan ser aceptados como agregados; aceptándose en iguales condiciones á los hijos varones de familias menesterosas que quieran dedicarse á la carrera de la Marina.

V. Proteger á los inválidos de la Armada ya sea por razones de edad, ya por inutilización para el trabajo á consecuencia de actos ejecutados al servicio de la Nación.

VI. Cuidar de las familias de los individuos de tripulación que se encuentren en campaña durante el transcurso de esta.

VII. Socorrer á los naufragos en costas argentinas y premiar los actos de salvataje y de valor, para estimular el cumplimiento del deber.

Art. 2^o.—Para llenar los fines indicados en el ar-

tículo anterior la Asociación establecerá en tierra y á bordo, según su índole, aulas y establecimientos de educación é instrucción.

Cómo dudar del éxito de semejante institución en un país esencialmente generoso y caballeresco!

El 20 de Septiembre de 1895 la criatura nacida al calor de esos corazones femeninos había llegado á su mayoría de edad.

El Asilo Naval tenía la personería jurídica reconocida por el Estado, 39 socias activas, 266 socios auxiliares, 13 socios protectores; el balance de caja arrojaba la suma de pesos 23.568,18 de entradas sobre 10539,30 de gastos, contaba con local amplio y los cuidados internos eran confiados á las Hermanas de la Orden del Niño Jesús, de las cuales dos son francesas y cuatro argentinas.

Todos los marinos del mundo que llegan á las costas del Plata depositan un óbolo para esta simpática asociación y multitud de buques dejan su nombre escrito en los anales del Asilo por medio de suscripciones levantadas entre sus tripulantes como ofrenda que aquellos hermanos dispersos en las soledades tempestuosas del mar, dejan á los hijos de sus hermanos desaparecidos en la brega.

Sublime enseñanza de la fraternidad humana, noble misión de la mujer que rompiendo las ligaduras de las preocupaciones, se lanza por enmedio de las tempestades para recoger á los pequeños y á los desvalidos naufragos del destino cuyo salvavidas está hecho, como la cota de los antiguos romanos, con la gasa impalpable tejida con labor incesante por las matronas argentinas del Asilo Naval.

Para completar estas líneas con-

sagradas á la noble institución á la cual ofrendamos nuestros aplausos y nuestras simpatías en la persona de su digna Presidenta señora Clemencia S. de Pérez, insertamos una vista sacada en el Asilo donde están retratados los niños que actualmente sostiene y educa.

Hemos visitado personalmente el local y admirado una vez más el resultado que obtiene la virtud de la perseverancia unida á su hermana la caridad.

Desde la cocina donde se elabora el alimento del cuerpo, las clases donde se alimenta el alma, hasta la capilla donde el espíritu entrega su perfume á Dios; los jardines de recreo, los dormitorios donde vela el ángel de la Guarda; todo está preparado y distribuido con amor de madre y estamos seguras de que todos los visitantes del Asilo Naval saldrán con el corazón enternecido y satisfecho bendiciendo á la Providencia por la obra de sus criaturas.

Gustosas inscribimos el personal de la actual Junta Directiva del Asilo Naval que es la siguiente:

Presidenta, Clemencia Salvadores de Pérez; vice 1^a, Ana Pellegrini de Galeano; vice 2^a, Angélica G. de Garcia; Tesorera, María Cristina G. de Laure; Pro id., Clementina del Viso de Carmona; Secretaria, M. Lucía M. de Loqui; Pro id., Luisa M. de Ponsati; Vocales: Isabel C. de Rivadavia, Julia Lahite de Argerich, Dolores C. de Feilberg, Ethel T. de Moyano, Segunda M. de Montes, Elina S. de Casavega, María G. de Alvarez, Amalia C. de Martín.

MANUEL B. UGARTE

Tengo puestas, á la derecha, sobre mi mesa de escribir, dos colecciones de versos cuyo ropaje denuncia al escritor de guante blanco y pulcra mano.

Una titula simplemente *Versos*, otra *Páginas*....

Abiertas sus hojas leo Manuel B. Ugarte y arrellanándome en el sillón digo: este es casi un adolescente, es muy jóven, pero, vamos.

Los primeros versos se deslizan como oleada primaveral, y el narcotismo literario que es beleño del espíritu embarga la mente, sujeta la atención entregando el sistema nervioso á esa vibración de cosquilleo que la poesía verdadera produce en las naturalezas donde el arte y la idea prevalecen sobre toda sugestión material.

No sé cuantas horas he estado envuelta en este perfume *exuberante* de fruiciones que, cual álito de flores conservadas en búcaro de filigrana, han venido á hacerme aspirar un aire lleno de dulcedumbres místicas.

Como las cuerdas que quedan vibrando en el arpa despues de ejecutar un arpegio en dó, aún suenan en mi oído, cadenciosas y suaves, las notas de unos versos:

Era una noche tormentosa y negra.
El poeta vagaba por los campos.
La tierra era un abismo tenebroso,
el horizonte un dilatado océano.

De pronto en las tinieblas
del vacío ignorado,
algún negro fantasma
trazó con lápiz rojo, un surco rápido.

Y entonces el poeta
que vagaba soñando por los campos
miró el remedo de la vida humana
en la lumbre fugaz de aquel relámpago.

He cerrado los ojos con el libro
entreabierto puesto el índice entre

foja y foja y las notas todavía siguen vibrando á través de estos mirajes soñolientos; enrarecidos por el tiempo, la edad, los sufrimientos y las decepciones que, cual hongos matores brotaron al impulso de la fatalidad.

En la lumbre fugaz de aquel relámpago

Y, á todo esto?

De lo que debo tratar no es de los versos sino del autor, este bello y distinguido jóven hijo de la noble argentina, honra y prez de la presente generación, heredera de la lira que pulsaran Andrade, Obligado, Mendez, Spano y Gutiérrez.

De esa lira enlazada con la cinta



Manuel B. Ugarte

Director de *La Revista Literaria*.

azul y el laurel simbólico que ya no pide el pié para la sandalia de Beatrice sino la frente ancha de Homero y el corazón fibroso de Safo, donde caben todas las cuerdas para todos los tonos que conmueven, fascinan, entusiasman y embriagan.

La poesía, ese néctar generoso, tiene la propiedad de dar al alma em-

briagueces con delirios celestiales en los que el poeta cantay el pueblo llora.

Manuel B. Ugarte tendrá á lo sumo 20 años y ya posee un nombre y muestra armas y blasones. Fuera de las dos colecciones Versos y Páginas ha publicado infinidad de trabajos sueltos y redacta *La Revista Literaria* con donosura y talento.

Tiene cualidades que brillan en su sér como diamantes de aguas puras y subido quilate. La modestia y el buen juicio.

Su cerebro parece que está bien construido y que ni el humo del incienso ni la llama de la lisonja lograrán dañar esa conformación espontánea en las naturalezas jóvenes y perfectas.

Basándome en este punto, veo en Ugarte una bella esperanza para la nación argentina y para la América hispana á quien pertenece la herencia de los hijos que atesoran gloria y virtudes.

BÚCARO AMERICANO coloca con placer en su galería el retrato de su inspirado colaborador Manuel B. Ugarte, cuyos triunfos se reflejan en el terso cristal de la familia, de los amigos, de la sociedad en que vive.

La Dirección.

EL DIVORCIO.

Al terminar el pasado año 95, la estadística arrojó una cifra monstruosa en favor de los divorcios en Buenos Aires.

Parecía al estudiar ese punto que la bella institución del matrimonio de origen divino, de tan antiguo abolengo, estuviera destinada á sufrir una seria sacudida.

Hay que tener fé no obstante en la reacción casi siempre inmediata

en estos casos de atavismo doloroso

En las páginas de la historia del matrimonio, páginas tristes las más, replandecientes y doradas las otras, hay que buscar, no lo que empaña y deslustra la obra de tantos siglos sino más bien lo que puede embellecerla aproximándola á los albores de su creación.

¿Cual la razón de los frecuentes divorcios? ¿el adelanto de la época? ¿la ilustración de la mujer? ¿las temidas exigencias sociales?

Todo y nada. Inutil buscar las causas de tan grande efecto en esta inmensa mascarada del mundo, en donde juegan papel tantos oropeles vanos, tantas ambiciones diversas, el positivismo del día siempre creciente, el ansia sin fin, de goces, y ese aturdimiento que rige las acciones de la vida en los cerebros atrofiados de la época.

La mujer buscando como fin y aspiración única, el matrimonio.

El hombre llevando á sus altares como código y como ley, cuando no la conveniencia, las embriagueces y los delirios del momento.

Imposible, pues, hallar más que un espíritu tentador y diabólico atando y desatando á cada paso, entre carcajadas de mofa, ese nudo que consagra la ley y bendice la iglesia, pero no por eso más firme ni más duradero.

¡Hay tantos matrimonios en los que resalta sino la nota lúgubre, la nota cómica!...

Por ejemplo. Después de una fiesta en un teatro ó en un salón, Alfredo lleva consigo el recuerdo candente de una deliciosa rubia, vecina suya en el palco, ó su pareja en el baile.

—¡Que mujer! exclama con ex-

tasis. ¡Es un angel, una hurí! Estoy enamorado y si no hay obstáculo de parte suya me caso con ella dentro de quince días,

—Pero... le dice cualquiera ¿la conoces lo bastante? ¿sabes algo de su educación, de sus costumbres, cualidades ó defectos?

—Que me importa? dice con profundo desdén por esas *pequeñeces*. Es tan hermosa! si vieras que ojos! grandes, negros, luminosos, y su boca....una rosa fragante, purpurina.

—Basta... con tales encantos ya puedes dar por cierta y eterna tu felicidad, le replica el otro con mofa.

Algún tiempo después, Alfredo llega á casa de aquel confidente de marras.

¡Qué transformación la suya! Pálido, triste, descuidado en el traje, con el aire del que ha perdido á la vez la libertad, el entusiasmo, la alegría...

Su amigo se queda estupefacto y le interroga con el gesto y la mirada.

Alfredo se deja caer en una silla con desaliento y dice:

—Tenías razón. No basta en la mujer, el más divino de los rostros para hacer la felicidad del hogar. Estoy desengañado.

—¿Que te pasa? ¿que sucede?

—Sencillamente; daría la mitad de mi fortuna por obtener el divorcio hoy mismo. ¡Que mujer la mía! Imposible imaginar una frivolidad semejante, una ausencia tan completa de las prácticas más rutinarias de la vida, un cerebro donde se aposentan con más facilidad los pájaros azules de la fantasía, de una fantasía desequilibrada y monstruosa.

Y esto sería soportable hasta cierto punto, como lo son las enfermedades, los nervios sujetos á irri-

estabilidad permanente, la neurosis, y todas las dolencias físicas, si mi esposa no padeciera de locura intermitente oculta bajo la máscara de la falsedad, la mentira y la hipocresía más refinada.

—¡Hombre! Y cómo has podido comprobar esas atrocidades?

—¿Cómo? En todas las horas y los momentos del día y de la noche. Cuando habla, cuando ríe, cuando mira, cuando bosteza y hasta cuando duerme. Jamás se ve en esos ojos tan hermosos, la mirada limpia y leal de una alma bien puesta, jamás se escapa de esos labios donde palpita el beso, el acento profundo de la verdad que ennoblece.

Cuando quiere convencer de algo que le interesa ó responde á sus ocultas miras suaviza el tono, languidece y endulza la mirada, sonríe con beatitud y repite las frases *amor mío, amado mío, dueño mío*, con el aire y el acento de una actriz eximia.

—No obstante, yo sólo hallo en eso trivialidades más ó menos exajeradas.

—Trivialidades! y le llamas así á la farsa, al embuste, á la mentira, á proposito de todo, de un traje que viste, de una carta que recibe, de una salida de casa, de una visita, de una invitación que desea ó de una joya que compra á hurtadillas?

¡Dios mío! Si es preferible una mujer ignorante y hasta fea!...

.....

Variemos el cuadro.

Pepe es un joven de 22 años que acaba de recibir el ansiado título de Doctor en leyes.

¡Qué hermoso horizonte el que se ofrece á su vista! El estudio, la ciencia, el amor, los goces y placeres, todo un cúmulo de sensaciones di-

versas, ocupan sus ócios y llenan su fantasía.

Conserva aun cierto culto por uno de sus amorcillos de estudiante. Ella es una joven de posición modesta, no carece de gracia y de elegancia natural, pero ha bebido en las novelas elejidas sin criterio y sin el examen previo de una mente juiciosa, un exceso tal de romanticismo!...

El romanticismo no es de la época, es contrario en absoluto á las ideas modernas y suele ser de un efecto deplorable lo mismo en las relaciones sociales, que en las intimidades del corazón.

Pepe que había seguido cultivando, acaso por matar el tiempo, esas primeras inclinaciones juveniles, apenas recibió los títulos de Doctor, corrió al lado de su joven amiga para hacerla partícipe de tan fausta nueva.

—¡Qué feliz soy! exclamó ella entonces con entusiasmo. Ahora podrás ya ser mío, sólo mío ¿no es verdad?

Pepe se quedó cortado. No sabía como calificar esta frase, «mío sólo mío.» En sus entusiasmos amorosos nunca había deslizado una palabra imprudente; jamás había hecho una promesa que pudiera comprometerlo para el porvenir.

Ella sin advertir sus vacilaciones, ni su extrañeza, continuó con ardor.

—Lo primero que exijo de tí es el anillo de compromiso. ¡Me gustará tanto llevarlo!

Pepe no salía de su mudo asombro.

Al fin la joven se sintió herida por la luz de la realidad y exclamó con ímpetu:

—¿Vacilas Pepe? ¿qué tienes?

—Pero, qué he de vacilar, si no comprendo tu intención!

—¿No la comprendes? Acaso no es el matrimonio el final de todos los amores como el nuestro?

—El matrimonio ¡oh!.. Lo crees acaso posible en mi posición no definida todavía? Para ello necesitaría establecerme de una manera conveniente, necesitaría una clientela segura, ahorro, economías....

—Basta. Eres un perjuro y un ingrato. Yo sé lo que debo hacer.

Y como extraviada por una emoción sobrado violenta para no ser ficticia, abrió un mueblecito al alcance de su mano, tomó de allí un paquete cuidadosamente envuelto, llenó un vaso de agua, echó en ella el contenido del paquete y con un gesto desesperado llevó el vaso á sus labios.

Había bebido casi la mitad del brebaje, cuando Pepe lo arrebató de sus manos.

—Es un veneno! le dijo ella triunfante.

—¡Un veneno! ¡Dios mío!... Un médico, pronto, pronto!... gritó frenéticamente, y volviéndose á ella le dijo con ternura: Qué debo hacer?... dilo, dilo....

Pocos días después, Pepe llevaba al altar á la que había querido morir por él.

Pudo ser eterno y aun convertirse en lazo de flores, este lazo que anudó al parecer el más heróico de los empeños amorosos. Pero ella, satisfecha ya de su felicidad, en plena posesión de lo que había ambicionado, no tuvo el buen sentido de dejar á Pepe en su ignorancia dichosa y le dijo un día entre risueña y burlona:

—Bobo! qué susto tan grande el que te dí! Creíste en un suicidio y fué polvo de azúcar lo que puse en el vaso!

Esta revelación fué un rayo caído á los piés de Pepe. Lo hirió en su vanidad, lo hirió en su creencia de ser fuerte y orgulloso y lo hirió en su amor, pues la simple aficioncilla se había convertido en amor.

Después de esto solo hubo un paso hasta el divorcio.

Carolina Freire de Jáimes.

Buenos Aires, Marzo de 1896.

Á LIMA

(Para el Album de Carlos G. Amézaga)

Lima fué desde mi infancia
Aquel albergue querido
Que se sueña como un nido
Blando y tibio á la distancia.
Todo luz, ritmo, fragancia
Que ofrecía de sus lares
Las rosas, los azahares
La molicie voluptuosa
Y la pasión de la esposa
Del cantar de los cantores

Después... la ví desgraciada,
Mártir la ví del destino
Y tuve como argentino
Mi dolor en la jornada.
De Grau la enseña sagrada
Le hundió en el mar sin ribera
Y yo hundido en la quimera
De aquel ensueño tan tierno
Puse allá en mi hogar paterno
A media asta mi bandera.

Rafael Obligado.

Buenos Aires.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

Palabras son estas que horrorizan al hombre sin duda por lo poco que sobre ellas medita.

Asalta nuestra imaginación la idea de que se vería á la mujer en la cátedra, en los Congresos, invadiendo los ministerios, y quien sabe si hasta el poder ejecutivo.

¡Oh escándalo! Aquí se subleva la vanidad masculina y sin más raciocinio rechaza semejante idea, teniéndola como absurda, sin pensar

en el provecho que con ello obtenía la humanidad.

Que así piensen los hombres no es de asombrarse, puesto que no sería justo exigirles tanta abnegación, si se tiene en cuenta que, la mujer también es egoísta en ciertas ocasiones de la vida, en que, para el bien común, se necesita obrar inspirada por sentimientos abnegados y ajenos, en cuanto sea posible, á todo interés personal.

Triste, tristísima es la condición de la mujer sud-americana; ofuscada por el pasajero amor del hombre querido, no medita en el lamentable rol que desempeña en la humanidad.

Al llegar á la edad en que los atractivos físicos van desapareciendo, es cuando empieza, en vista de las circunstancias, á darse cuenta de su personalidad: demasiado tarde para servir de provecho alguno; ya ha pasado el amor del esposo, los hijos, unos siguen la carrera que más les conviene, otros se dedican á especular, las hijas, son los seres ignorantes, que viven sin aspiraciones dignas de su natural bondadoso y más que todo esto lo que mayor sufrimiento le causa, es la falta de admiradores que inspirara antes su belleza, elegancia ú ostentación.

Es entonces que sufre las consecuencias de representar moralmente el mismo papel que las antiguas esclavas de Oriente, que, cuando el Sultán se cansaba de ellas, con todas las consideraciones de su rango, eran retiradas á un departamento del Palacio, donde vivían vejetando hasta que concluían su existencia de muñecas.

¿Cuántas de nuestras señoras no hacen este papel en sus hogares?

Soportar una existencia sin encan-

tos, entregadas al más completo ostracismo; dignas son de lástima, en semejante situación de la vida; ni siquiera les queda el entretenimiento que antes les proporcionaban los niños, porque éstos han llegado á la edad de pensar por sí.

¡Cuán diferente no sería esta situación en una mujer que poseyera la ilustración que le es tan necesaria!

Asombro causa el que personas que llevan una vida de sumisa servidumbre sean contrarias á toda idea de libertad, ni siquiera piensan en lo injustas que son las leyes para con ellas.

Muchas veces se oye decir entre las mismas señoras: «qué censurable es el que una mujer se dedique á las letras» y si se trata de las ciencias mucho peor; llevándolas su error hasta el extremo de lanzar anatemas contra la mujer emancipada que vive bajo el duro trabajo de la lucha por la existencia.

Pobres de las iniciadoras de la libertad femenina! cuando no sucumben en la batalla que se ven precisadas á librar contra una sociedad intransigente; por lo menos son el blanco de la burla y chismografía social.

¿No es triste que ni siquiera comprendamos el mérito de una mujer superior y que en vez de admirar á estos sublimes tipos de valor y abnegación, contribuyamos á censurar lo que debíamos respetar?

Es preciso que la mujer sud-americana piense en lo que debe hacer ó por lo menos que compare su situación con la de la europea y norteamericana.

El bello sexo en los Estados Unidos del Norte ha llegado á la verdadera emancipación. Empezaremos por examinar á la americana que lle-

va la vida más frívola, es decir, la de alta sociedad: poseedora de fortuna no necesita preocuparse por adquirir una profesión ó carrera.

Generalmente las mujeres son educadas en los colegios donde concurren á las 10 a. m. y salen á las 4 p. m., sin necesitar niñera ni señora alguna que las acompañe.

La instrucción que reciben sin tener nada de notable, puesto que en todas partes es la mujer de fortuna la que peor se educa, se le puede considerar superior á la nuestra.

Aparte de los conocimientos escolásticos, en su hogar reciben una segunda instrucción que consiste en el perfeccionamiento de diferentes idiomas, música ó pintura, según las aficiones de la niña.

Las de talento más desarrollado se dedican á cualquier arte ó siguen una carrera científica ó literaria, asistiendo á las universidades ó academias de la misma manera que la pobre que en ello ve el sostenimiento de su familia ó el de si misma, llegando á sentirse orgullosa de obtener un título que testifique los estudios á que se dedicara por afición.

No teniendo por qué preocuparse por las necesidades de la vida, en el matrimonio ven sólo el amor; de manera que, en sus hogares son tan felices cuanto lo permiten las penalidades que á cada paso nos ofrece la vida.

Como esposas cumplen con sus deberes, ocupándose con tal prolijidad de los quehaceres domésticos que se les puede citar como modelos de orden, elegancia y buen tono, sin que por ello se priven de sus paseos diarios, pues rara es la señora que pasa un día sin salir de su casa.

(Concluirá.)

A GLORIA

No intentes convencerme de torpeza,
Con los delirios de tu mente loca.
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como cristal de roca.

A través de ese vértice que crisper,
Avida de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
Aguila seducida por un astro.

Inútil es que con tenáz murmullo
Exageres el lance en que me enredo;
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja
Desprecio los peligros que señalas;
El ave canta aunque la rama cruja,
Como que sabe lo que son las alas.

Semejante al nocturno peregrino
Mi esperanza inmortal no mira al suelo,
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contemplo el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entrafía
Tu espíritu infantil, santuario obscuro;
Tu númen, como el oro en la montaña,
Es virginal y por lo mismo impuro.

Erguido bajo el golpe en la portia,
Me siento superior á la victoria;
Tengo fé en mí. La adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria.
Deja que me persigan los abyectos;
Quiero atraer la envidia aunque me abruma,
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume.

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa mágica, descuella.
Es la sibila de palabra de oro,
La sombra que hace resaltar la estrella.

Alumbrar es arder. Estro encendido
Será el fuego voráz que me consuma.
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos;
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan. Mi plumaje es de esos.

Fuerza es que sufra mi pasión. La palma
Crece en la orilla que el oleage azota,
El mérito es el náufrago del alma:
Vivo se hunde; pero muerto flota.

Depón el ceño y que tu voz me arrulle;
Consuela el corazón del que te ama,
Dios dijo al agua del torrente: bulle;
Y al lirio de la margen: embalsama.

Confórmate mujer. Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate:
Tú, cómo la paloma para el nido,
Y yo, como el león para el combate.

Salvador Díaz Mirón.

LAURA

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

CASIANA FLORES

(Continuación).

ACTO II

La escena pasa de noche en el escritorio de don José M. Fernández.

ESCENA I

Sala de estudio del señor Fernández; á la izquierda de la escena un escritorio lleno de papeles y libros, al lado del escritorio una silla con libros, frente al escritorio un diván: en el fondo una biblioteca (1) frente á la que está parada Laura acomodando libros, tiene un montón á sus pies y otro montón en sus manos. Sentado, junto á su escritorio, escribe don José María.

Laura—¿Hay algo más que escribir?

Sr. Fernández—No, dame la libreta y puedes ya guardar esos libros. (*Laura abandona el asiento que ocupaba, da la libreta á su padre el que la toma sin moverse y la coloca bajo de su brazo, guarda los libros en la biblioteca y vuelve hácia el escritorio y toma la Revista*).

Laura—¿Guardo también *La Revista de Ambos Mundos*?

Sr. Fernández—(*con los ojos cerrados*). No, esa no la guardes; lee antes, traduciendo, un párrafo que hay marcado al final de una novela de Theuviel.

Laura—(*sentándose en la silla que ocupaba, mientras escribía; después de haber buscado un rato*). Ah! «*Deux seur*» aquí es que está marcado (*leyendo*) «Las alegrías de que podemos gozar en este mundo están hechas lo más á menudo, des débris, des débris, de... de... los despojos, despojos? si despojos de la felicidad ambiciosa que habíamos soñado y que el choque con la realidad ha despedazado (*mira al señor Fernández que se ha quedado dormido*) Papá (*peusa*) papá papá (*vuelve á leer abstraída en voz más baja*). Las alegrías de que podemos gozar en este mundo, están hechas, lo más amenudo, de los pedazos de la felicidad ambiciosa que habíamos soñado y que el choque con la realidad ha despedazado» (*queda un momento pensativa*). Es cierto, la realidad despedaza nuestros sueños de felicidad, habrá pues que contentarse, si se quiere ser feliz, con una felicidad hecha de sus despojos; es fácil contentarse cuando uno se resigna (*Dan ocho campanadas en el reloj, Laura mira á su padre y lo ve dormid*). Puede dormir hasta las ocho y media, antes no vendrá Alberto, pobre papá, si Jacinta no se ha equivocado y Alberto me habla papá será feliz (*se dirige en*

puntas de pie hácia el señor Fernández, cuya respiración se deja oír, le da un beso en la frente y va hácia la puerta en el mismo momento entra Alberto).

ESCENA II

El SEÑOR FERNÁNDEZ dormido, LAURA, ALBERTO

Laura—(*sorprendida y confusa*) Ah! (*tendiéndole la mano*). Buenas noches Alberto (*respondiéndose*). No lo esperábamos tan temprano.

Alberto—(*dándole la mano*) Buenas noches Laura.

Laura—(*mirando el diván donde duerme el señor Fernández*) Papá se ha dormido. Papá (*llamándolo*) Papá (*subiendo la voz*) Papá (*el señor Fernández ni se mueve*).

Alberto—(*mirando al señor Fernández*) No lo despierte Laura, no lo despierte por favor, déjelo dormir, no tardará mucho en despertarse por sí sólo, y mientras, no podríamos hablar los dos?

Laura—(*un poco confusa*) Pero... es que Papá tiene placer en hablar con Vd. y como hoy, (*vacilando*) como hoy es la última noche no me perdonaría que le robase estos momentos.

Alberto—No, Laura, no es la última noche; he retardado mi viaje y si Vd. me escucha quizás no me irá. Escúcheme, escúcheme un momento, aunque dormido, ahí está su padre con nosotros.

Laura—(*con resolución, apoyándose en el escritorio*) Puede usted hablar.

Alberto—Si usted tuviera confianza en mí, Laura, si usted me aceptara por novio conociera y penetrara mi carácter, leyera todo el am...

Laura—(*interrumpiéndole*) Alberto...

Alberto—(*con energía*) Su padre está aquí, con nosotros y él apoya mis ideas. Si supiera todo el cariño que por Vd. siento, si permitiera que le abriese mi alma entera y se diera el trabajo de conocerme. Oh! si Vd. hiciera todo eso Laura, le aseguro que nos entenderíamos y que yo podría ofrecerle mi nombre, unir mi destino al suyo, ser su apoyo en la vida, continuar siendo lo que su padre ha sido y es para Vd.: haría su felicidad y la mía que no depende sino de la suya, haríamos también la de su padre, no lo dude, Laura.

Laura—(*nerviosa, pero resuelta*) Sabe usted bien lo que dice Alberto, lo ha meditado primero, lo ha reflexionado, lo ha pesado bien? ¿Sabe usted á quién se dirige? No debe ignorar que yo ya no soy una niña á quien se habla hoy de amor y se olvida mañana lo que se le ha dicho.

Alberto—(*con entusiasmo y resolución*) Oh si, lo he pesado, lo he reflexionado bien. Tengo treinta y dos años y yo sé lo que hago, no obedezco á pasión, ni inspiración ninguna del momento; mi amor es serio, es reflexivo, he querido combatirlo he luchado contra él, he querido destruirlo, he sufrido y hoy me siento vencido.

Laura—¿Podría saber el porqué de esa lucha? No lo extraña Alberto; soy algo curiosa y quiero darme cuenta del amor que Vd. me ofrece.

Alberto—(*algo desconcertado*) Si... por qué no... puede Vd. saberlo, se lo diré; y esta confidencia será una prueba mayor del amor que le profeso.

Quiero que Vd. lo sepa todo; Yo no era libre, mi corazón estaba ya ocupado, antes de conocerla, pero al vivir en la intimidad que con Vd. y su padre he vivido, al comprenderla, al empezar á quererla, he sabido distinguir entre el amor verda-

(1) En la Argentina y el Uruguay llaman biblioteca al aparato de madera que en el resto de América se dice estante de libros.—(Nota de la Dirección.)

dero y el presentimiento de amar, yo presentía amar y hoy... hoy amo.

Laura (*casi con ironía*)—¿No será un nuevo presentimiento de amor el que Vd. siente?

Alberto (*con vehemencia*)—Oh, no, no, estoy seguro, lo sé bien, he dudado, he vacilado pero hoy ya no vacilo, ya no dudo, veo claro dentro de mi mismo, la quiero Laura, la quiero, sería, reflexiva y profundamente, estoy dispuesto á darle mi nombre y estoy también dispuesto á cualquier sacrificio para obtener el que Vd. me permita que yo la quiera y por conseguir también su cariño puesto que sin Vd. no puedo yo ya vivir feliz (*movimiento negativo de cabeza, por parte de Laura y ademán de interrumpir*). Uno se engaña una vez, no se engaña dos, y á mi edad, en cuestión de amor los hombres como yo, ya no se engañan. Y sepa Laura que á la niña á quien me sentía yo ligado no he llegado todavía nunca, como me ha sucedido con Vd. á ofrecerle mi nombre, eran galanteos, *dragoneos*, como se dice aquí, tomados más á lo serio debido á mi edad, pero esto es seguramente para ella algo sin importancia, es una criatura, sólo tiene diez y siete años... acaso sabe amar? Me olvidará pronto si no me ha olvidado ya, á esa edad la mujer no ama (*sonriendo*) ni dejan estos dragoneos huella ninguna en el corazón de Vds. (*Laura muy pálida y con el rostro contraído se sonríe con esfuerzo*).

Nuestras almas no se han entendido nunca, ni nunca se han comprendido nuestros espíritus como —en las serias conversaciones que con Vd. y su padre hemos tenido—nos hemos comprendido y entendido nosotros dos ó tres veces. Este ha sido el principio de mi amor hácia Vd., amor serio basado en algo que no muere nunca, la igualdad de ideas, la igualdad de creencias. Le juro Laura, que á usted no la olvidaré; no lo podría, no es Vd. mujer que se olvida...

Laura—(*interrumpiéndole muy serio y con sequedad*) Nada jure, nada le pido, me limito á escucharlo, pero Vd. no sabe todavía si lo atiendo. Por ahora no quiero juramento ninguno. Aun no le he permitido que me quiera.

Alberto—(*algo nervioso*) Eso no puede Vd. prohibírmelo, pero Laura sea razonable, si Vd. no me escucha con atención, si Vd. no quiere oír mis palabras en las que van todas mis ideas, todos mis sentimientos, todas mis atenciones no puede permitirme que la quiera, ni darme esperanzas.

(*El señor Fernández, sin moverse abre los ojos, mira a Laura y á Alberto y los vuelve a cerrar.*)

Laura—(*muy nerviosa*) No hable más, no, nada más necesito saber, nada más quiero oír (*eponión-atoz*) lo he entendido á Vd., créalo, lo he entendido muy bien (*movimiento por parte del señor Fernández*) su cariño es reflexivo é inteligente y pide Vd. un corazón que lo quiera también, reflexivo é inteligente un ser que, en lo fundamental; piense como Vd. piensa y crea en lo que usted cree, que sea también capaz de interesarse conscientemente en la labor que Vd. emprenda para ayudarlo y darle bríos con su entusiasmo en las horas de tráfago e inspiración y fortalecerlo y alentarlo con su palabra y su consuelo en las horas de desgracia y abatimiento, en una palabra, un ser que sea un obrero útil en el hogar que usted funde, que lo entienda en todo y esté á su altura moral é intelectualmente, no es eso? (*El señor Fernández se ha ido incorporando sin que se apercibiera*

los jóvenes hasta sentarse en el sillón en el que estaba acostado, descansando los pies en el suelo y apoyando sus codos en sus rodillas, dejó caer su cabeza entre sus manos.)

Alberto—(*con entusiasmo*). Eso mismo, eso mismo, no vé Laura como aún á pesar suyo nos entendemos los dos.

Señor Fernández—(*poniéndose de pie*). Se entienden, mucho que me alegro.

Laura—(*volviéndose hacia su padre*). Papá.

Alberto—(*yendo al encuentro del señor Fernández*). Buenas noches, señor, verdad que nos escuchaba, verdad que no dormía y que usted también se ha apercebido de que nos entendíamos?

Señor Fernández—Dormía, pero el ruido de su conversación me ha despertado, he oído sí, algo de lo que ustedes han dicho.

Alberto—Si oyó, ayúdeme entónces á convencerla; nos entendemos y ella no lo quiere creer (*mirando á Laura*). Vé, Laura, como su padre me aprueba, vé como él nos oía y quiere que usted me acepte, contésteme, dígame al menos lo que usted ya debe saber, dígame sí... en fin sí... si algo siente por mí, si podré yo esperar al menos que usted me corresponda?

(*El señor Fernández sonriendo, mira á su hija como pidiéndole que conteste. Laura, nerviosa mira á su padre y á Alberto.*)

Laura—Pero...

Alberto—(*con exigencia*).—Dígame Laura.

Laura—(*vacitando*)—Hoy... (*con resolución*)—hoy no.

Alberto—(*al señor Fernández*)—Ayúdeme señor, ayúdeme á convencerla; he vacilado antes de hablar, pero ya que me he decidido necesito salir de dudas.

Ella debe quererme un poco cuando tanto se uniforman nuestras ideas ¿porqué no me contesta hoy pues?

Hoy, solo de ella depende mi porvenir.

Dígale señor que me diga que sí.

Señor Fernández—Tu comprendes, amigo mío, que yo no puedo obligar á mi hija á que haga algo contra su voluntad (*á Laura*) pero Laura, hija mía, si algo pesan sobre tus decisiones la voluntad y los deseos de tu padre (*movimientos de desesperación contenidos por parte de Laura*) sabes que serían mis deseos y que, si solo de mí dependiera, sería mi voluntad también, que entregaras tu porvenir á Alberto Morales (*Laura, fija en su padre un rato sus ojos con mirada suplicante*).

Alberto—(*al señor Fernández*)—Gracias, gracias (*á Laura en tono de súplica*).

Lo vé Laura, tiéndame su mano y quede ya sellado, delante de su padre, nuestro compromiso (*Laura vacila y ávida, mira al señor Fernández y á Alberto, hace un movimiento como para tender la mano luego echando sus brazos hacia atrás apricta la derecha con la izquierda como para impedir que se mueva, Alberto se apercibe de este movimiento*). Ah! veo que me he equivocado (*con desaliento*). No me quiere usted, sea franca, dígame claramente que no.

Laura—(*en tono de reproche*).—Alberto!...

Alberto—(*tendiendo la mano*).—Entónces tiéndame su mano.

Laura—(*desesperada*).—Espere, espere á mañana, hoy... hoy no puedo.—(*Entra un sirviente*).

El sirviente—La señora de García.

(Continuará)

SOCIAL

Salud mis bellas señoritas.

En el intervalo que media desde mi anterior han ocurrido novedades debulto como por ejemplo, el regreso de las aves viajeras que salieron al campo desterradas por el calor del verano y hoy vuelven al dulce nido de la ciudad huyendo de los rigores invernales.

Tenemos ya todas las familias porteñas instaladas en sus mansiones de hadas, con olor á las pastillas que se quemán en los pevéteros de plata cerca de la estufa á cuyo rededor se cuentan las historias sociales con su crítica chispeante de gracia y en razonamiento intencionado.

La Ópera abrió también sus puertas y la compañía, donde Tamagno es el astro rey, ha *despachado* seis funciones de abono sin que pueda anotar nada nuevo ni nada notable. Todo lo cantado hasta hoy es conocidísimo de nuestro público y en la ejecución se notan vacíos y cercenos bien claros, como sucedió en *Los Hugonotes*. Pero, bien mirada la cosa, no hay para qué reclamar. La ópera, por lo que pasa en el público frío, y cansado con el cansancio del calavera que agotó fuerzas y patrimonio; es el lugar donde se va a manifestar que se tiene dinero y que se goza del derecho de aburrirse y nada más.

Las mujeres se cargan de valores en telas y joyería sin contar el precio del blanqueo y el colorete en tal ó cual palco, y los hombres se quedan satisfechos con cargar las cuentas del abono y del bazar palpitante; pero, el fluído del arte, la exaltación pasional que calienta la sangre y sacude los nervios, todo aquel sublime goze que la música, las luces, el escenario y la situación comunica al alma;

ese tono estético que sojuzga y deleíta, no tiene nada que hacer en la aristocrática sala de la calle de Corrientes.

Mejor se está San Pedro en Roma; que para público de piedra, no he nacido yo, con estas tendencias artísticas que me dan cosquilleo para aplaudir, admirar, deleitarme y extasiarme; en fin, según la hora psicológica de las grandes representaciones de la Ópera.

*
* *

Una tumba nueva se acaba de abrir y en su seno ha caído otro hombre de importancia para la patria argentina y para la sociabilidad americana que se fomenta por el comercio de las ideas y por el canje de los sentimientos nobles.

El que fué doctor don Enrique Santos Quintana ya no existe. Vivió solo 45 años, pero marcó su paso por la existencia terrenal con huella luminosa en el foro, en la cátedra del profesorado, en el Parlamento, en la banca Ministerial, en la misión diplomática, en el hogar, en la amistad; donde quiera que investiguemos el nombre de Enrique S. Quintana encontraremos la personalidad levantada con la nobleza del bien, como fué la del llorado doctor Aristóbulo del Valle, á quien tan poco le ha sobrevivido.

Para nosotras queda grabado un último rasgo que no podemos silenciar ni olvidarlo. La noche del 10 de Mayo, precisamente la antevíspera de su fallecimiento, había pedido la colección de BÚCARO AMERICANO para distraerse y después de leer algo llamó á su señora y le dijo, textualmente: «yo quiero que en casa se lean periódicos como éste, dame una tarjeta», y desde su lecho de dolor

envió las siguientes líneas autógrafas escritas con lápiz. «*Enrique Santos Quintana, Rivadavia 3715, remite la suscripción desde Mayo hasta Diciembre*». Él mismo cerró en una cubierta la tarjeta y cuatro billetes de á dos pesos que envió á nuestra administración por mano del señor Eugenio Blanco.

Este precioso autógrafo lo guardaremos como un recuerdo del ilustre protector de las letras, sobre cuya temprana sepultura derramamos las siempre vivas de la redacción de BÚCARO, rociadas con las lágrimas de la amistad, y pidiendo al cielo consuelos para los que viven: la esposa, los hijos, los deudos y amigos.

*
* *

Lo que sigue es de nuestra bella colaboradora ZAC.

Un reclamo, antes de principiar la tarea. En la anterior revista, el señor corrector ha dejado deslizarse muchos y chistosos errores de caja que la bondad de las lectoras habrá enmendado. Nos han hecho decir *gorro azul* en vez de *zorro azul*, hablando de pieles y algo más que no queremos repetir.

Y bien.

Como en el artículo anterior nos ocupamos de las modas que están al alcance de las personas de fortuna, en este decimos algo que sea práctico y accesible á todas las posiciones sociales.

Empezando á sentirse el frío, preciso será ocuparse de los vestidos de lana á pesar de lo poco que se prestan para las *toilettes* fantásticas y vaporosas que envuelven á la mujer en atmósfera etérea y luminosa.

Ya es tiempo de pensar en los trages que sirven para los paseos á

pié que tanto se apetecen en la fría temperatura, nada mas práctico y conveniente que la lana inglesa azul marino; un vestido de dicha tela, estilo sastre, con el cuerpo ceñido al talle, un sombrero negro adornado de violetas y plumas, el rostro cubierto por tupido velo y en las manos un manguito, formarán un conjunto distinguido y confortable.

Las faldas negras siguen usándose, en especial las de seda, que con las *batas* de colores claros y adornadas de encajes, vienen á constituir una *toilette* elegante y práctica, pues, de esta manera lo mismo puede estarse en un salón, en un día de recibo, como en un teatro, ó en un tramway; las de lana negra son convenientes para las salidas á los quehaceres diarios, pues implican sencillez.

La novedad que nos traen las modas de este invierno son las chaquetas que servirán para alternarlas con las *batas* tan conocidas; se usarán de color distinto al de la falda.

Muchos hay verdaderamente lindos, de estilo Luís XV; tienen las delanteras sueltas y la pechera formando chaleco, de seda *Pompadour*, guarnecido el cuello por chorreras de encajes y la espalda terminada en coletas.

Dichas chaquetas las veremos en la Opera, pues de terciopelo, escotadas, con una falda de seda blanca, resulta una novedad enteramente original y distinta, de la cual no dudamos que sabrán sacar partido nuestras elegantes lectoras.

Las gasas y muselinas de seda realzadas por las flores artificiales, cuya perfección es admirable, constituirían el principal adorno de los trages de grandes *toilettes*.

Siempre se prefiere entre los

guantes de color el gris perla, así como en calidad el de la piel de Suecia, pues, en flexibilidad se presta á adaptarse mejor á la mano diseñando perfectamente su delicada forma.

ZAC.

No quiero que lo anterior pierda colorido con mezcla alguna y rubrico, saludando cariñosamente á mis buenas lectoras.

AZUL DEL MONTE.

TELÉFONO

.....
—Es preciso que reflexiones, *che*, no te cases en tales condiciones, dirán que te casas por el interés.

—Pues... se equivocarán, porque yo me caso por el capital.

(*Dos voces en alambre cruzado.*)

—Riendo, hija, de lo que le ha pasado á Cirilo.

—Cuéntame *che*.

—Figúrate que va al teatro; se sienta junto á una bella que no tarda en incendiar su corazón, inflamable como es. Se entienden en unas cuantas miradas. Los entreactos son sensacionales, cae el telón finalmente, concluye lo ficticio y entra lo real.

—No seas tan minuciosa, dí peladamente.

—Pues... la tomó del bracete para acompañarla, acarició su pequeña mano y llevándola al corazón que latía acelerado, le dice: posa la mano aquí, amor mío, qué sientes?— ¡Oh dichal—contesta ella—siento la billetera casi llena!

—*Rin rin rin.*

—Hola, don Walter, como están ustedes?

—Por qué me habla usted en plural si no soy más que uno?

—Es que los chilenos siempre son dos, uno por dentro y otro por fuera.

—Y me lo dices *vos* á raíz del Protocolo?

—Precisamente por eso lo digo, mientras que los *unos* están procediendo caballerosamente, los *otros* se van á sacar otra lonja.

(*Una voz nueva.*)

—Cuando me hablas tú, de gloria, amargamente sonrío, pues yo sé que es ilusoria esa voz y desconfío.

La gloria, estatua pomposa,
en el polvo se hunde presto;
tan solo sobre la fosa
le deja la envidia puesto.

¿Qué ventura es duradera?
qué poder ha subsistido?
De amor un poco, siquiera,
vale más con menos ruido.

(*La primera voz.*)

—Vaya, vaya que no se oye absolutamente nada.

—Aló?

—Che, eres Juan, no?

—No señorita, yo soy el hermano de Juan.

—Dispense usted que no se oye nada.

MARGARITA.

La Administración suplica á los abonados de fuera de la ciudad, que se dignen mandar abonar el trimestre vencido y el mes que principia con el núm. 7.